



Homilía para la misa de aniversario de Bodas de Oro

Cardenal Blase Cupich

Catedral del Santo Nombre

16 de septiembre de 2018

Mis primeras palabras son para ustedes, festejados que se han reunido para celebrar su Aniversario de Bodas de Oro con su familia, amigos e Iglesia. Sí, quiero decir, “felicitaciones; estamos orgullosos de ustedes”, pero igualmente quiero decir “gracias”. Gracias por ser testigos de una manera única del poder de la gracia de Dios. Ustedes son testimonio de un valor central de nuestra fe: somos un pueblo en peregrinación, a quien el Señor acompaña en el camino, guiándonos con su luz cuando el camino es incierto, volviéndose por nosotros cuando nos desviamos, animándonos cuando nos cansamos de emprender el viaje una y otra vez. Él ha caminado con ustedes desde el día en que se tomaron *uno al otro para bien o para mal, en la riqueza o en la pobreza, en la enfermedad y en la salud.*

El Evangelio de hoy presenta a Pedro. Él es llamado a madurar en su fe, a conocer a Jesús como el Mesías, que está con aquellos que sufren. A medida que se sientan aquí hoy, los invito a pensar en las muchas veces en que, dentro su matrimonio, han llegado a madurar en su fe, la manera en que han sido forzados a amoldarse, a adaptarse a lo largo de la travesía y llegar a conocer a este Jesús que camina a su lado en sus sufrimientos, en las vueltas y giros en el camino de la vida. Él ha caminado con ustedes, los ha levantado en momentos de dolor y tragedia -un colapso financiero, o enfermedad repentina, desilusión en ustedes mismos o en otro o peor de todo, la muerte de un hijo. Él los ha animado a tomar la travesía otra vez y en ese trayecto su fe en él se ha profundizado y madurado, y ustedes han adquirido una sabiduría que ninguna escuela puede enseñar.

En este momento en particular, la Iglesia, y especialmente nosotros, los líderes, necesitamos esta sabiduría, la sabiduría de viajeros experimentados, peregrinos expertos como ustedes que han llegado a conocer al verdadero Jesús, al verdadero Mesías. Esa sabiduría les ha enseñado a ser honestos acerca de la condición humana, los errores humanos y la fragilidad humana sin importar cuán vergonzosa. Esa sabiduría conoce el poder purificador de la luz solar, de la franqueza de encarar los problemas de frente, con la confianza de que Jesús no nos abandonará porque él ha recorrido ese mismo camino, el camino de la cruz. Es una sabiduría que ahora necesitamos para encarar de frente y en el centro una cultura corrupta de elitismo, donde algunos en la Iglesia están convencidos de que tienen todas las respuestas y cuando cometen errores, son protegidos y privilegiados, y no pueden ser responsabilizados.

Durante mis 43 años como sacerdote me he enriquecido personalmente por la sabiduría de los peregrinos experimentados. De hecho, ingresé primero a esa escuela de sabiduría en mi propia familia. Poco después de que fui ordenado en 1975, mi abuela me contó la historia de la decisión de mis abuelos de poner a su hija Roseann en un centro de cuidados. Mi tía Roseann tenía graves discapacidades mentales y físicas, y a medida que aumentaba su edad subía de peso, entró en demencia temprana y se volvió incontrolablemente irascible. Roseann era simplemente inmanejable para mis abuelos que estaban envejeciendo. Encontraron un hogar de cuidados cercano que podía cumplir con las necesidades de Roseann y decidieron notificar a su pastor que ella pronto se mudaría allí. El monseñor había sido el sacerdote de su parroquia por muchos años. Mi abuela cocinaba para él ocasionalmente y con frecuencia él había estado en su casa para cenar. Después que explicaron su decisión, él dio esta respuesta, “No pueden hacer esto. Esto está mal. Dios no quisiera que abandonen a su hija en este momento de necesidad”.



Decaídos, emprendieron el camino a casa. A mitad de camino, mi abuelo rompió el silencio. “Bueno, Ma, ¿qué vamos a hacer ahora?” Mi abuela respondió serenamente, “Mañana vamos a empacar el carro con las cosas de Roseann y llevarla al hogar”. “Pero que pasa con lo que monseñor nos dijo”, preguntó mi abuelo. Mi abuela simplemente dijo, “El monseñor no tiene que vivir con Roseann”.

Estoy bastante seguro de que mi abuela, una inmigrante que medía 5'4", que no hablaba bien inglés y no tenía más de sexto grado de educación, se estaba asegurando de que yo entendiera que el seminario no es el único lugar para aprender a ser un sacerdote. Ella me estaba enviando un mensaje de que debo prestar atención a las verdaderas experiencias diarias de las personas porque es allí donde encuentran a Jesús, el Mesías que conoce el sufrimiento, que es honesto acerca de las limitaciones humanas y solo quiere que seamos verdaderos y reales.

Estoy convencido de que ahora más que nunca los líderes de la Iglesia necesitan regresar a esta escuela de sabiduría adquirida, madurar en su fe al prestar atención a las experiencias de la vida real de las personas, donde el sufrimiento humano encuentra al Mesías Sufriente y no alejarse como algunos de los primeros discípulos o incluso peor hoy en día, poner sus propios intereses por encima del daño hecho a los niños.

Anoche recé con las personas reunidas para el cierre de la Novena, orando en solidaridad con las víctimas-sobrevivientes de abuso sexual del clero. Le dije a la comunidad que este es un momento crucial para la comunidad católica, un momento especial para que los líderes de la Iglesia maduren en su fe. Es un momento para poner de lado al Mesías falso, que no conoce el sufrimiento, para que nadie en la Iglesia se sienta satisfecho en su posición de poder y privilegio, confiado en su influencia y valorado por los honores otorgados a ellos.

Sigo agradecido por personas como mis abuelos, por los buenos individuos como ustedes, festejados, y un sinnúmero de otros que me han mantenido real, sin miedo al sufrimiento humano, sin miedo a decir la verdad y a ser franco en momentos de vergüenza y arrepentimiento. Mi compromiso con ustedes es seguir aprendiendo, regresar una y otra vez a esa escuela de sabiduría que tantos han adquirido.

Ayer hace una semana, el presidente de una universidad católica me llamó por teléfono y me dijo que tenía el temor de que con todo lo que está sucediendo en la Iglesia, las historias terribles acerca del mal manejo del abuso, los estudiantes no se presentaran a la misa programada para iniciar el año escolar. Él estaba sorprendido por el número de asistentes. La multitud era más grande que nunca. Habló con algunos de los estudiantes después para comunicar su sorpresa por la gran asistencia y preguntó qué estaba pasando. Al unísono, los estudiantes simplemente respondieron, “padre, es nuestra Iglesia también”.

Cada uno de nosotros tiene una participación en el futuro de la Iglesia. Hoy, su presencia aquí es un testimonio del valor central de nuestra fe, de que Jesús camina con nosotros a lo largo de esta peregrinación, y de que hemos llegado a conocerlo como el verdadero Mesías en nuestros propios sufrimientos y dolores. Estoy agradecido por ese testimonio, agradecido por los sacrificios que han madurado su fe y su vida juntos. Pero también estoy agradecido por todas las voces jóvenes en nuestra Iglesia, porque ellos al igual que ustedes nos recuerdan a todos que “esta es nuestra Iglesia también”.